



PALABRAS PRELIMINARES

Esta adaptación cinematográfica de «El padre Juanico» (Mosen Janot), es la mejor lograda de cuantas se han hecho de las obras dramáticas del llorado maestro, don Angel Guimerá.

No negaremos que «Tierra baja», como obra de teatro, es superior a todas las producciones escénicas del gran dramaturgo, pues su «Manelio» tiene la fuerza de un personaje shakesperiano; pero lo que en el teatro es el destello más puro del genio de Guimerá, trasladado a la pantalla pierde en interés y en vigor. «Tierra baja», reducido a la acción, aunque es muy intensa, pero falta del verbo, de la palabra, resulta una producción casi insignificante. Su misma grandeza como drama de teatro, su inmensa popularidad, le restan interés al ser trasladadas al blanco escenario del cine.

En cambio, «El padre Juanico» (Mosen Janot), por su estructura, por su trama, por su ambiente, encaja mejor en el cine que la famosa «Tierra baja»; se presta mejor a los conjuntos, a la afluencia de personajes y de ahí que su éxito cinematográfico sea superior a «Tierra baja» y a todas las películas sacadas del teatro de Guimerá.

Por esto, desde el primer momento, tuvimos interés en conseguir la autorización para publicar en novela cinematográfica «El padre Juanico» (Mosen Janot), y no hicimos gestión alguna por alcanzar «Tierra baja» ni ninguna otra cinta adaptada de una obra del eximio dramaturgo.

Año I — N.º 20
Barcelona,
16 Agosto 1924
Redacción y
Administración
Pelayo, 62
Teléfono 3128 A

OBRAS MAESTRAS
DEL
CINE
PUBLICACIÓN SEMANAL

Suscripción:
España 3 pts. tri.
Extrj.º 17 » año
En combinación con la
revista **EL CINE**
España 2'50 pts. tri.
Extrj.º 15 » año
N.º ord.º 25 cts.
Extra.º 50 »

EL PADRE JUANICO

Original novela cinematográfica, adaptada del drama del
mismo título del insigne poeta y dramaturgo, patriarca de
las letras catalanas, Don Angel Guimerá, según el argu-
mento de la película marca «CANIGO»

Concesionario para Cataluña, Aragón y Baleares:

H. Choimet - Aribau, 37 - BARCELONA

PERSONAJES PRINCIPALES

El Padre Juanico	Joaquín Montero.
Teresa	Maria Morera.
Inés	Rosario Coscolla.
Paulina	Dolores Cortes,
Jorge	Alfonso Tormo.
Lorenzo	Salvador Sierra.
Toñín	Antonio Vico.
Hilario	Angel Solamich.
Juanico	Eduardo Serrahima.
El tío Matías	Ramón Camarero.

PROLOGO

Erase un pueblecito de Cataluña, uno de
esos pueblecitos humildes, limpios, que re-
verberan al sol y que, a lo lejos, parecen una
bandada de palomas de tan blancas que son
sus casitas.

A pesar de su humildad, en este pueble-
cito existían, como en todo lugar de la tierra
habitado por el hombre, odios y pasiones;
rencillas y quereres; vicios y virtudes.

No lejos de este pequeño poblado, se alza-
ba la Masía del Rosario en la que Juanico ha-
cía el humilde servicio de boyero. La linda
heredera de esta finca, codiciada en diez le-
guas a la redonda, se llama Inés, más codi-
ciada aún que la Masía, por ser moza ga-
rrida, bonita, honesta y hacendosa. Pero nadie
amaba a Inés con un amor tan puro y
tan desinteresado como Juanico, el boyero,
que veía a su dueña más alta que las estre-
llas y ocultaba su amor como un crimen, por-
que aquel mozo de cuerpo atlético y de mira-
da leal, era pobre de espíritu. Aunque este
querer estaba muy en lo hondo del alma de
Juanico, alguna vez debió asomarle a los ojos
por lo que es de presumir que Inés lo advir-
tierra y no con desagrado a juzgar por el ca-
riño con que trataba al mozo. ¿Pero cómo
osaría él confesar su pasión, aún siendo tan
honrada como era?

Corrió el tiempo llegando el día en que Inés había de contraer nupcias con el apuesto galán que era su cortejo; pero bien se echaba de ver que bajo la forzada sonrisa de la novia había un alma dolorida a la que jamás entrarían los rayos de la dicha. Pusieron a Inés las galas de desposada, pero se diría que aquel velo era sudario de muerte más que heraldo de felicidad, pues sus pliegues y dobleces envolvían su corazón que ya no latía.

Las comadres y mozas del pueblo, que aguardaban en el atrio de la iglesia a que acabara la ceremonia que dentro se celebraba con todo fasto, devanaban la madeja de la murmuración y esgrimían la *tijera* despachándose a sus anchas, pues más de una creía saber que la heredera de la Masía del Rosario estaba prendada de Juanico, el boyero, de quien tampoco se ignoraba que bebía los vientos por la moza.

Y en tanto que Inés se amarraba para toda la vida a un hombre al que no quería, Juanico, el humilde boyero que osara poner los ojos en su hermosa dueña, porque jamás se atrevió a hablar y la vida habíale sido esquiva, alejándose vencido para no ser testigo de una felicidad que le hacía infeliz. Andando, andando, por montes, atajos y veredas, sin un norte ni una esperanza, era como si su corazón se fuera quedando en los zarzales del camino.

A lo lejos, oyó Juanico, por última vez acaso, las campanas de la iglesia, y aunque su sonido no era lúgubre, anuncio de muerte,

se le antojó que doblaban por un amor, el suyo, que acababa de morir para siempre.

Pasó el tiempo inexorablemente, y a medida que avanzaba, Inés perdía aquel color de cara que habían enviado las rosas más pomposas y fragantes y la Masía del Rosario desmoronábase lentamente como si sobre ella pesara una maldición.

Hoy era un campo el que se quedaba entre las garras de la usura... mañana un viñedo... y hasta los viejos muros del edificio, fueron testigos del despilfarro de sus nuevos dueños que no supieron conservar lo que tantos afanes costó a los padres y abuelo de la pobre Inés... que ya no era la rica heredera de la Masía del Rosario...

I

Largos años habían transcurrido... Lejos del pueblo, Juanico, el antiguo boyero de la Masía del Rosario, consiguió, mediante un supremo esfuerzo de su voluntad, pasando muchas noches en vela y todo género de privaciones, hacer la carrera eclesiástica para buscar en el sagrado ministerio la calma y el olvido de que tan necesitada estaba su alma.

Pero el rudo combate con la vida, en nada había alterado el carácter de Juanico. Acaso su pelo empezaba a encanecer... quizás algunas arrugas marcaban en su rostro, con honda huella, el paso de los años cargados de

tristezas; pero el alma, los sentimientos, continuaban tan nítidos, tan puros como siempre, acudiendo más de una vez a sus labios el nombre de la mujer adorada.

Mientras tanto moría Inés consumida por los sufrimientos y sin otro pesar que dejar sola en el mundo a su hija, de corta edad y con la fortuna harto mermada por el aire que se dió su padre en aventarla y que había muerto antes que su esposa.

Unos parientes lejanos se cuidaron de Rosario, que así se llamaba el tierno retoño de Inés, que como su madre fué explotada miserablemente por sus tutores, que cancelaron fincas para cancelar sus deudas.

En aquel ambiente de falsedad e hipocresía creció Rosario sin otro afecto desinteresado que el de Toñín, su hermano de leche y nuevo boyero de la Masía. El pasado revivía en otros seres, pues Toñín adoraba en silencio a su joven dueña, como Juanico había amado a la suya.

Un acontecimiento imprevisto, había de ser decisivo en la vida de los dos jóvenes.

El anciano párroco del pueblo, entregó un día su alma a Dios y Juanico fué sorprendido por la orden de ocupar la vacante. El padre Juanico, que había pensado muchas veces que no volvería a ver el insignificante pueblecito, la Masía del Rosario, el camposanto, al recibir la orden, sintió una gran emoción. No quiso el padre Juanico retrasar ni una hora su regreso, sino que se puso en camino aquel mismo día.

La primera visita que hizo el buen sacerdote, fué al camposanto, ante cuya puerta



Las comadres esgrimían las tijeras.



se detuvo antes de entrar en el pueblo. Como su pensamiento estaba lleno de un sólo nombre: Inés, pronunció en alta voz esta palabra con acento conmovido y aguardó a que la muerta le respondiera. Y fué la hija quien respondió a sus voces, Rosarito, que había ido, como tantas veces, a depositar unas flores sobre la tumba de su madre. Quedóse la moza sorprendida ante la presencia del sacerdote y una vez que ambos se dijeron quienes eran, el padre Juanico oró ante la tumba, sin poder evitar que una lágrima abrasara su mejilla. Luego, solemnemente, juró a la muerta defender a su hija, ser fuerte por ella, hacerla dichosa.

Y con Rosarito y Teresa, su hermana, una mujer de tosca apariencia, de modales bruscos, pero de una bondad inagotable, entraron en el pueblecito cuyas casitas blancas seguían reverberando al sol.

II

El padre Juanico tenía un hermano en el lugar en que antes fué boyero y ahora cura párroco. Se llamaba Hilario y para su torpe inteligencia el rápido ascenso de su hermano era algo incomprendible, inaudito. Pero el mayor peligro que rodeaba al clérigo y a su protegida, era Paulina, esposa de Jorge, su tutor, la cual, bajo su aspecto correcto ocultaba todas las vilezas de un alma ruín, todas las infamias de un espíritu ruín.

Como la herencia de Rosarito había mermado escandalosamente a fuerza de hipotecas, Jorge, su tutor, pensó en casar a su hijo

con la joven para cubrir así su desdichada gestión.

Así las cosas, aproximábese la fiesta de San Francisco, patrón del pueblo, que aquel año coincidía con el día de la Virgen.

A Hilario le indignaba esto y dijo:

—No debemos consentir que nuestro San Francisco sea pospuesto a la Virgen. Queremos el altar mayor para festejarle, y si se nos niega... ¡ira de Dios!, haremos una barbaridad.

Teresa le advirtió:

—¡Hilario! ¡Hilario!, que ya está aquí nuestro hermano.

De la opinión de Hilario participaban casi todos los mozos del lugar, pero no así las muchachas, a cuya cabeza figuraba Rosarito, que alegramente disponían las flores para su Virgencita.

Lorenzo, el hijo de Jorge, el tutor de la huérfana, fuése a ver a Toñín para decirle:

—Tienes que hablarle al señor cura. Eres el presidente de nuestra cofradía y...

—Pero el caso es que yo...—le interrumpió Toñín.

Lorenzo insistió:

—Creo inútil recomendarte energía. Piensa que las chicas harán lo imposible por salirse con la suya, de modo que hay que apretar de firme para mantener nuestro derecho.

Toñín protestó:

—Es que yo no puedo ir contra de Rosario. ¡Como estoy de boyero en su casa!...

—¡Cobarde!—le insultó Lorenzo—. Lo que temes tú es que no te paguen la quinta si contrarías el gusto de Rosario.

El boyero callóse por prudencia, pero bien se advirtió en su mirada que quedaba declarada la guerra entre los dos mozos que, por otra parte y por distintos sentimientos, querían unirse a Rosarito la de la Masía.

Aquel mismo día explicaba Lorenzo a otros mozos, con ocasión de hallarse en la plaza, la flaueza de Toñín, que según parecía iba a desertar de su deber, cuando cruzó un grupo de muchachas entre las que iba Rosario.

—¡ De espaldas todos ! —ordenó Lorenzo. — Hay que demostrar a las chicas que sabemos despreciarlas.

Al verlos en esta actitud, observó Rosarito a sus amigas :

—¡ Habrán hecho algo malo y les han castigado !

Y se alejaron riendo.

El padre Juanico, que apoyaba a las mozas, tenía también preparadas sus flores y al notar que Teresa iba a arrinconarlas, le gritó :

—¡ No toquéis mis flores, dije que son para la Virgen !

Y luego, sentándose, sin hacer caso del gesto de desagrado hecho por Hilario, le rogó :

—Cuéntame algo de la casuca... de los viejos... Hábllame de la masía, Hilario... de los que fueron...

—Por mis cartas debes saberlo ya. Murió Inés... —repuso secamente Hilario.

—Sí, sí, ya lo sé —suspiró el cura—. Supe que dejaba una niña y por eso he vuelto. Quiero que su hija sea feliz, muy feliz.

Y el padre Juanico volvió a suspirar profundamente.

III

Jorge y su hijo Lorenzo hablaban en una de las habitaciones de la vieja masía. Jorge, además de tutor de Rosario, era el alcalde del pueblo y para él—conciencia poco escrupulosa, al fin—, todo medio era bueno, con tal de que conviniera a sus intereses.

Ahora hablaba Lorenzo :

—En verdad, no comprendo mi boda con Rosario.

—¿ No lo comprendes cuando por tu culpa estamos arruinados ? ¡ Desdichado ! ¿ Quién se llevó aquellas onzas, las últimas que había en casa, quién ? —vociferó el padre indignado.

—Un poco de calma, padre —aconsejó Lorenzo—. ¡ Supongo que no me habrás llamado para sermonearme !

Jorge vió el pleito perdido y recurrió al párroco para pedirle su apoyo, pero el padre Juanico, que había descubierto ya el amor que, aun sin ellos sospecharlo, sentían mutuamente Rosario y Toñín, negóse en absoluto a influir sobre la joven, promoviendo por ello fuerte altercado, a pesar de lo cual, el cura, firme en su propósito de no consentir que Rosario fuese tan desgraciada como su madre lo había sido, consintió en ponerse a malas con el alcalde y cacique del pueblo antes que aconsejar a la joven un disparate como era el de casarla con un desalmado como Lorenzo.

Entraba el párroco en la iglesia, cuando llegaron a él los acentos de Rosario y Toñín, que discutían en el refectorio. Toñín decía :

—Ya lo comprendo, ya. De mí nada te im-

porta. Lo que tú quieras es que te llamen doña.

—¡Qué disparate! —exclamó ella.

—Sí, sí, que aunque yo me lo callara, el otro día me dijo tu tío que ya no eras una chiquilla y pronto tendrías novio y setás como tu tía Paulina... ¡Fíjate!, una señora.

Iba a replicar ella, cuando entró el padre Juanico, diciendo:

—Qué pasa aquí? ¿Qué manera es esa de hablar y de reir? ¿Habéis olvidado donde os halláis?

El refectorio estaba lleno de gente.

Toñín se adelantó para decir:

—Rosario es muy desgraciada, señor cura: ¡tiene tío! Y lo peor es que la mujer de su tío le es tía.

Todos rieron la salida, pero el sacerdote, habló:

—¡Pobrecita! Estás sola en el mundo, pero no temas: el padre Juanico velará por ti.

Mientras, discutían los demás, y el padre Juanico tuvo que imponerse:

—¡Silencio todos! Las chicas a un lado y los muchachos a otro.

Iba su hermana a colocarse entre los jóvenes, y le dijo:

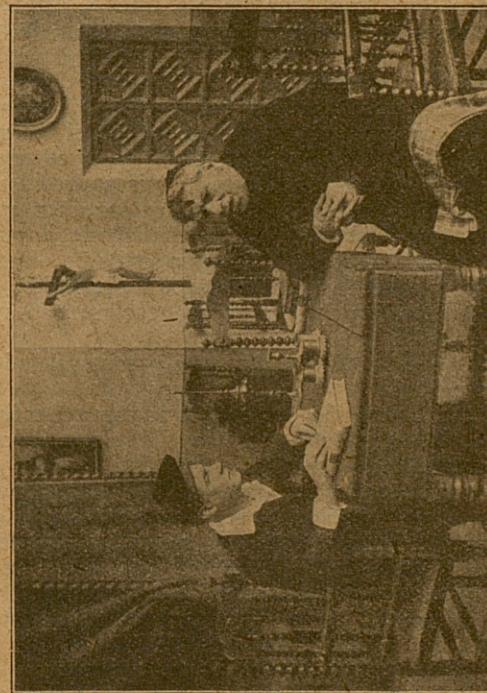
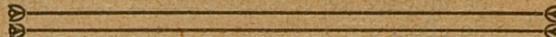
—¡Teresa, tú con las chicas! ¡A callarse todos y que hable Toñín!

El boyero se destacó un paso del grupo y balbuceó:

—Sí, pues nosotros, señor cura, la cofradía de San Francisco, ¿sabe usted?

—¡Teresa, con los chicos! — volvió a advertir el párroco a su hermana.

—¡Es que yo defiendo a los muchachos! — apuntó Teresa.



—He resuelto casar a mi hijo con Rosario y...



Los muchachos le agradecieron este rasgo. Uno de ellos, dijo:

—No haga usted caso de las mozas, padre. Nuestro San Francisco parece nuevo, que lo repintamos en Enero y su virgen es vieja y fea.

Rosario, protestó:

—¡Son unos herejes, señor cura! Llamar fea a mi virgencita! Porque la virgen el Rosario, padre, está todo el año en mi casa, en una capillita y ante ella se casaron mis padres... y ante ella me bautizaron! Y todos los años celebramos su fiesta llevándola a la iglesia, y cubriendola de flores... ¡Y ahora estos le dicen injurias y quieren hacerla una mala partida!

El padre Juanico, tornó a encararse con su hermana:

—¡Teresa! ¿No te dije que pasaras al lado de las chicas?

Teresa obedeció, por fin, aunque refunfuñando. El sacerdote, impuso silencio a todos y se expresó en estos términos:

—Váis a saber mi decisión. La virgen del Rosario, como reina y soberana del cielo y tierra, será llevada con toda pompa a la iglesia y colocada en el altar mayor... Y a San Francisco, por ser el santo de la humildad y de la pobreza, no le disgustará celebrar este año su fiesta, en el artar pequeño.

Rosario, rebosando de júbilo, repuso:

—Por todas mis compañeras, gracias, señor cura.

Toñín, aprobó también y Lorenzo, rezongó:

—¡Traidor!

Así creyó de buena fé, solucionar el conflicto, el padre Juanico.

IV

Lorenzo, en su deseo de tomar venganza contra Toñín, tomó una resolución. Fuése a ver a su padre.

—Tengo que hablar hoy mismo con usted, padre — le dijo.

—¿Qué sucede?

Y Lorenzo le explicó cómo quería deshacerse de Toñín, lo cual parecióle bien a Jorge, que apremiado por los acreedores y noticioso de que el boyero y Rosario se querían, apoyándolos decididamente el padre Juanico, le pareció de perlas la idea de denunciar a Toñín pretextando que intentaba rehuir presentarse como soldado. A la vez decidieron que Lorenzo y Rosario se casaran, para poder seguir trampeando con el resto de la fortuna de la huérfana; pero proyectaron realizar un préstamo más a costa de las fincas que quedaban a la dueña de la Masía y salieron para dirigirse a casa del tío Matías, topándose en el camino con la hermana del párroco.

En aquel inesperado encuentro, creyó ver Teresa la mano de la Providencia.

Los había visto entrar en casa del usurero y ya se figuró a lo que iban, pues no hacía falta ser muy lince para ello.

El tío Matías en cuanto vió entrar a sus visitantes, les espetó, frotándose las manos:

—Bien, bien: ¿Han venido ustedes a saldar nuestra cuentecita?

Jorge, respondió:

—Francamente, no pude preocuparme de su asunto. Tuve que preparar la boda de mi hijo con Rosario y...

—Está muy puesto en razón ese enlace — apuntó el usurero.

—Inútil indicar a usted — indicó Jorge — que esta boda resuelve satisfactoriamente todos mis asuntos; pero por desgracia no puede realizarse sin dinero.

—Tratándose de contribuir a la felicidad de esos chicos, ya sabe usted que puede contar conmigo... mediante el interés de un setenta por ciento — afirmó el tío Matías.

Los tres desalmados realizaron la operación hipotecando otra finca de la infeliz huérfana a la que amenazaba la ruina total.

Teresa le dijo a su hermano, al que encontró frente a la Masía del Rosario:

—Estoy segura que Jorge y Lorenzo traman algo malo. Acabo de verles entrar en casa del tío Matías.

El padre Juanico, viendo a Paulina le preguntó por su marido, a lo que ella repuso:

—Jorge salió hace un rato y no puede tardar.

El sacerdote quedóse mirando la casona y comentó, más para él solo que para los que le escuchaban:

—Todo está como entonces... Pero no, que Inés solía asomarse a esa ventana todas las mañanas, y ahora...

—Está demasiado alta para usted — contestó irónicamente Paulina.

¡Vive Dios, que viejo ya sería capaz de subir de nuevo hasta allí, y...!



—Oye, Rosario. Y o quisiera abrazarte aquí, sobre mi pecho.

—¿Y qué, padre? — interrogó Paulina.

—¡Nada, nada! Es la historia de un pobre infeliz, de un loco soñador de imposibles.

—Cuento, cuente, señor cura — exclamaron algunos mozos y mozas de la Masía.

El padre Juanico, explicó:

—Era en mis tiempos mozos, cuando la pobre Inés alegraba aún con sus risas la vieja casa... Entre los jóvenes discutíase, discutíase si alguno era capaz de adornar de flores la ventana de la hermosa doncella. Y aquella noche, yo mismo... yo mismo, pude ver como un hombre trepaba hasta esa altura. Cuando descendió habiendo colocado las flores, sangraban sus manos, pero ¿qué importaba? La sola idea de la alegría de Inés, era galardón bastante. Pero un día, aciago para el pobre enamorado, un aventurero, sin más bienes que su osadía ni otra ley que su capricho, conquistó al padre de la joven, que dijo a su hija:

—Alégrate, hija mía, acabo de conceder tu mano a este señor.

—Por favor, papá; he jurado casarme solamente con el que adornó de flores mi ventana — contestó Inés.

—¿Y quien fué el que adornó de flores su ventana? — preguntó una.

El párroco replicó a media voz:

—No quería darme a conocer, pero toda vez que es preciso... fuí yo.

—Tenía entendido que fué el otro — apuntó Paulina.

—Así lo dijeron, pero era mentira, mentira. Que el infeliz que puso las flores, el pobre loco que arriesgó la vida por complacer a su amada, era yo... yo mismo, ¿entendéis?

Y me robaron la novia porque era un pobre de espíritu y con los pobres de espíritu todo el mundo se atreve.

Como el padre Juanico advirtiera ciertas sonrisas de desconfianza, exclamó enojado:

—¿Dudáis de mis palabras? Váis a ver.

Teresa lo constituyó razonablemente y el cura dijo:

—Luego volveré. Otro día veréis si soy capaz de subir hasta la ventana, o no.

Y como las mozas pidieran entre risas que realizara lo que decía, en aquel momento, Teresa avanzó hacia ellas agresivamente, gritando:

—¡Fuera de aquí, fuera! ¡Malas! ¡Tontas!

Las mozas huyeron metiéndose en el interior de la casa por miedo a las uñas de la hermana del cura.

V

Los diablillos de los celos habían hecho presa en el alma de Rosario, susurrando en su oído mil fantásticas seguridades.

Pasaba por esta crisis celosa cuando se presentó Toñín, que le dijo: — Vengo a darte mi lección, porque esta tarde...

—Qué harás tú esta tarde? — interrogó Rosario.

—¡Toma! ¿No hay baile? — exclamó el boyero. — Pues bailar con Clemencia. ¡Cómo tú no bailas ni quieres aprender!...

Los celos estallaron.

—¡Vete de aquí!... y no vuelvas ¿entendes? porque ya no te enseño a leer ni a escribir... y serás necio... ¡necio!

—Toñín! — le rectificó él con una serie-
dad cómica.

Se impuso el carácter bondadoso de Rosario, y exclamó:

—¡ Tonto! ¡ Si era broma! Quiero que sebas mucho, mucho. Verás, copiarás lo que yo voy a escribir. Una carta larga... larga... como si tú hubieras partido muy lejos y yo te escribiera ¿ entiendes?

Rosario se sentó a la mesa, tomó papel y pluma y luego de escribir unos renglones, le leyó a Toñín:

«Sabrás que desde el día de tu partida, se han secado los rosales... porque Toñín ya no los riega. Y sabrás que estoy muy triste y todo parece triste...»

Toñín tuvo un arranque:

—Y yo también me muero de pena, que a veces hasta lloro a escondidas.

Ante esta súbita confesión, Rosario se puso alegre, exclamando:

—¡ Ven acá, Toñín, que ahora sí quiero aprender a bailar!

Y Toñín, obediente, se cogió a ella para enseñarla a bailar lo que él sabía.

Jorge los sorprendió en este entretenimiento.

—¿Qué hacéis? — preguntó agriamente.

—Ya lo vé usted, tío. ¡ Bailamos! — confesó Rosario riendo.

Jorge no estaba para bromas y ordenó a Toñín:

—A tu obligación. ¡ Andando!

Salió el mozo cariacontecido y Jorge dijo a su sobrina:

—Eres ya una mujer y debes pensar en tomar estado.

—¡ Bah! ¿ Quién piensa ahora en eso? — se disculpó la joven.

El tutor se enfureció y Rosario le aconsejó sin inmutarse:

—Tío, no se enfade usted. A su edad le puede ser fatal.

Jorge adoptó una actitud violenta, pero al ver entrar a Lorenzo se contuvo. Este le dijo:

Déjame a mí, padre.

Salió Jorge y Rosario aseguró a Lorenzo:

—No, si no has de convencerme. Porque aunque parezca tan grandullona, soy pequeñita... pequeñita... que hasta a veces sueño que tengo aún a mi madre y me canta canciones y me besa.

El, la dijo:

—Déjate ahora de eso y escucha. ¿ A que no sabes lo que he soñado esta noche? Soñé que iba a la ciudad y compraba joyas.

—¿ Para mí?

Lorenzo hizo un gesto afirmativo y ella, al ver entrar a Toñín, añadió: — ¡ Mentira, no eran para mí! ¡ Té prohíbo que sueñes esas cosas!

Lorenzo, perdido el ligero barniz de civilización, era la bestia en todo el horror de sus pasiones salvajes e intentó abalanzarse sobre Rosario, espoleado por un torpe deseo de lujuria. La joven echó a correr desfavorida, mientras Toñín se encaraba con aquel bárbaro severamente para castigar su atrevimiento. Jorge, entrando, increpó a su hijo:

—¿ Por qué huye Rosario? ¿ Qué la hiciste?

—Querer atropellarla: eso hizo — contestó el boyero.

—¡Basta! — gritó Jorge. — Lorenzo se marcha enseguida... y tú, a tu trabajo. ¡Vivo! Salieron uno tras otro sin decir palabra.

VI

Jorge había mandado llamar al padre Juanico, y éste le preguntó:

—¿Deseaba usted hablararme?

—Sí. He resuelto casar a mi hijo con Rosario y deseo el concurso de usted para lograrlo.

La réplica, fué:

—Si aspira usted sólo a la felicidad de ella, no nos será difícil entendernos.

Y como Rosario anduviera por allí cerca, Paulina, que estaba en la reunión, la llamó para decirle:

—Ven acá, hija mía. Prepárate a recibir una excelente noticia.

Jorge concretó:

—Vas a unirte en matrimonio a Lorenzo. ¿Estás contenta?

Como callara la joven, el padre Juanico, apuntó:

—Se habla aquí de proyectos de porvenir y nadie piensa en consultar a Rosario. Dí, hija mía, ¿lo quieres tú?

Paulina se adelantó a la respuesta:

—¡Naturalmente! Un chico tan guapo, tan simpático...

El elogio no arrancó una palabra de la joven.



—¡Te resalté tú con las muchachas.

—¡ Dí que sí, desdichada ! — exclamó Jorge enfurecido.

—¡ Silencio, digo ! — gritó el cura. — Es ella quien ha de responder.

Pero Jorge, sin otro anhelo que vencer el alma de Rosario, aseguró :

—De modo que Rosario y Lorenzo se casarán lo antes posible, ¿no es eso ?

El sacerdote, para probar a la joven con disimulo, dijo entonces :

—Mañana, pues, yo te uniré para siempre a tu primo, ¿no es eso ?

Rosario, no pudiendo aguantar más, estalló :

—Yo lo que quiero es que me dejen en paz. ¡ Dejadme !

Toñín se aproximó al grupo, a tiempo que Paulina tergiversando de propio intento la exclamación de la muchacha, afirmó :

—Ya suponía yo que accederías, al fin.

Toñín, no pudo contenerse al ver cómo se desmoronaba el castillo de su ilusión :

—Pues yo me marcho para siempre. Voy a morir lejos... muy lejos...

—¡ Deja que se marche ! — exclamó Jorge. — Tú tienes ya a Lorenzo.

—¡ No ! ¡ No ! Yo no quiero a Lorenzo, a quien amo es a Toñín — gritó la joven en un arrebato de pasión.

Jorge increpó al boyero :

—¡ Ladrón ! fuera de mi casa y a ser soldado, que no pago tu quinta, ¿lo oyes ?

Toñín repuso con gallardía :

—¿Qué me importa todo lo del mundo si ella me quiere ?

Y mientras se decidía solemnemente un

porvenir, llegaban chicas y mozos, ajenos a cuánto no fuera el anunciado baile. Entre los que llegaron estaba el tío Matías, que enterado de lo que ocurría, el sólo temor de perder su dinero podía acelerar los latidos de su metálico corazón, llamó a parte a Jorge para informarse mejor, y como éste lo calmara, amenazó :

—Prefiero creer en sus palabras; pero si fuera cierto que la boda se ha deshecho...

Como se vé, el tutor de Rosario, no jugaba limpio en ninguno de sus negocios.

VII

Decidido más que nunca a quitar de en medio a Toñín, no vaciló Lorenzo en calumniarle y le denunció como presunto desertor, seguro de que sería apresado.

Toñín había dejado la Masía, ocultándose. El padre Juanico fuése a ver al tío y tutor de la joven, para decirle :

—Después de lo ocurrido es preciso que Rosario se case... Por lo tanto, vengo a pedir la mano de su sobrina para Toñín.

Jorge, replicó con desaliento :

—No se la concedo. He terminado.

El párroco le atajó :

—Usted habrá terminado, yo no. Por fortuna, Rosario tiene otros parientes, además de usted, en el Consejo de familia.

Conociendo Jorge el carácter del sacerdote, quiso amansarlo aparentando sinceridad.

—Voy a ser franco con usted, padre. Al encargarme de la finca, hallé todo hipotecado...

lleno de gravámenes. Sin duda, los abuelos...

—¡Mentira infame! — protestó el padre Juanico. — ¿Arruinarse ellos que tenían dinero de sobra para rodear tres veces el patio de monedas de oro?... Tú, vosotros, fuisteis quienes...

He cumplido con mi deber. ¡Sea lo que Dios quiera! — exclamó hipócritamente interrumpiéndole Jorge.

El cura dió por terminada la entrevista y se fué en busca de Rosario, muy triste desde la partida de Tofiín.

VIII

Era el día de la Virgen. Tofiín andábase escondiendo cual si hubiera cometido un grave delito, pero intentó llegar hasta Rosario para despedirse de ella antes de huir.

El padre Juanico, se encontró a la joven a la puerta de la iglesia y como la hallara en el semblante la huella de una honda pena, la dijo conmovido:

—Oye, Rosario. Yo quisiera abrazarte, aquí, sobre mi pecho.

La joven, sonrió tristemente reclinando su hermosa cabeza sobre el pecho de aquel sacerdote... que tanto amó a su madre.

Llegaron algunas amigas de Rosario y como el padre Juanico advirtiera movimiento en la plaza, aconsejó:

—Esconded a Tofiín. ¡Alguien llega!

Teresa ordenó a las muchachas:

—Vosotras a la iglesia, no vaya sospecharse algo. Rosario irá enseguida.

Gracias a la intervención de la hermana del cura, Tofiín consiguió su intento de hablar con Rosario breves segundos, ya que la joven debía irse con sus amigas en busca de la Virgen. Pero antes de que se separaran, Teresa advirtió a Rosario:

—Apenas dejen la Virgen en su altar, huye como puedas y ven a la casa parroquial.

Y a Tofiín:

—Mi hermano promete salvarte, pero entretanto, debes esconderte. ¡No hay tiempo que perder!

Era demasiado tarde. Lorenzo llegó a tiempo de sorprender a Tofiín y como Teresa entrara por la puerta de la sacristía, díjole con sorna:

—Puede usted salir, señora. Yo me encargo de guardar... a ese.

Tofiín, perdida toda prudencia, dió la cara, exclamando:

—¿Guardarme tú? ¿Ignoras que siquiero, soy capaz de matarte como a un perro rabioso?

Se acometieron los dos rivales, mientras Teresa corría a dar aviso a su hermano. Tofiín advirtió por un movimiento de su contrario, que se buscaba alguna herramienta trágica y le escupió:

—¿Llevas armas, verdad? Debí suponerlo, porque eres... un cobarde!

¿Pero qué le importaban a Lorenzo los insultos? Dentro de breves momentos llegaría la procesión con los mozos de escuadra, y entonces...

Por otra parte, Lorenzo tenía a su favor la corpulencia y la fuerza, pero Tofiín contaba

con la desesperación y la justicia. En la feroz pelea, establada entre los dos, era difícil prever el resultado, aunque por la furia con que se acometían, se adivinaba un final trágico.

Llegó un momento en que las manos del boyero, como férreas tenazas, apretaban la garganta del miserable; Lorenzo sintió que le faltaba la respiración; temió perecer estrangulado, pues no podía desprenderse de aquellos dedos crispados que se clavaban en su carne. Pero el grave tañido de la campana, fué como el eco de la conciencia de Toñín, que vuelto en sí recordó el divino precepto: «No matarás... No matarás», y perdonó generosamente a su rival cuya vida había tenido en sus manos.

Pero cuando trató de huir, Lorenzo, cruel y vengativo, le cerró el pasó, revólver en mano.

—¿Has olvidado ya que acabo de perdonarte la vida?—rugió Toñín.

Ni estas palabras, ni la presencia de Rosario y Teresa que habían acudido precipitadamente, fueron bastante a hacer variar de propósito al malvado.

El padre Juanico acudió también, pues, habíale avisado Teresa.

—¡Huye, Toñín! Es tiempo todavía—le gritó.

—Hágase usted a un lado o disparo—le avisó Lorenzo al sacerdote al ver que cubría a su rival con el cuerpo.

Toñín se dispuso a salir, a pesar de que el revólver del miserable le buscaba el corazón. Sonó un disparo y la bala se clavó en el pecho del padre Juanico.

Asustado de su acción, humillóse Lorenzo ante el cura, que echando borbotones de sangre por la herida, murmuró al ver que acudía gente:

—No es nada... no es nada... Yo mismo acabo de herirme... No es nada...

Y luego al oído de su matador:

—¡Desdichado! ¿Querías matar a un hermano? Ve a ser soldado, en lugar de Toñín... Yo te perdonó.

—¡Lo juro, padre!—balbució Lorenzo.

El rostro el sacerdote tornábase lívido. Teresa, habíase quedado paralizada de terror. Rosario, con voz ahogada por el llanto, gritó a Toñín:

—¡Se muere, Toñín, se muere! ¿Qué va a ser de nosotros?

—No es cierto, no es cierto—murmuró el herido—. Yo no puedo, no debo morir todavía... Acercaos...

Toñín y Rosario se arrodillaron junto a él. El sacerdote preguntó:

—Rosario, ¿aceptas por esposo a Toñín?

—Sí, padre—gimió la joven.

—Toñín... ¿quieres a... Rosario... por esposa?—hipeó el cura con voz más débil.

—Sí, padre—respondió Toñín.

El moribundo hizo un esfuerzo y pronunció estas palabras:

—Entonces yo os bendigo... en el nombre del Padre... del Hijo... del Espíritu Santo... Amén...

Y cuando su mano vacilante hizo el último signo de la cruz, desplomóse Juanico como una masa inerte... Había muerto.

Moría heroicamente, como un mártir, alta

la frente, consciente de haber cumplido su deber.

Pero antes de expirar, su mente, conturbanda ya por los estertores de la agonía, como estaba llena de una sola imagen, creyó ver a Inés, que desde las ignotas regiones del más allá, le sonreía... le aguardaba...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Para dar mayor garantía a los lectores de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, el sorteo de las postales se hará en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo el premio de OBRAS MAESTRAS DEL CINE al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En cada ejemplar de OBRAS MAESTRAS DEL CINE se incluye una hermosa postal al hueco-grabado con el retrato de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que irán numeradas, darán derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

Han obtenido premio los siguientes lectores :
En mayo, la señorita Matilde L. Davant, calle Tesifonte Gallego, 18, Albacete.

En junio, don Leonardo Santacana, de Igualada.
En julio, don Angel Lescarboura, de Chinchilla.
En agosto, don Joaquín Lillo, calle de los Angeles, 4, Barcelona.

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En su próximo número, correspondiente al día 23 del actual, publicará

Por los que amamos

según la hermosa película de la Goldwyn Cosmopolitan, interpretada por la monísima «estrella» Betty Compson.

Por los que amamos

es una deliciosa comedia dramática, llena de amenidad y emoción y en la que la protagonista se sacrifica varias veces por los que ama, dando un admirable ejemplo de abnegación.

Por los que amamos

encierra un asunto tan humano y están tan admirablemente descritas todas sus escenas, que ha de conmover a los lectores.

Postal de Hoot Gibson.

Concesionario exclusivo de venta para Cataluña: **LIBRERIA ITALIANA**
Rambla Cataluña, 125 - BARCELONA

NUMEROS PUBLICADOS

1.^o *Almas en venta*; 2.^o *En el Palacio del Rey*;
3.^o *Pedruchos*; 4.^o *El terremoto*; 5.^o *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.^o *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meighan); 7.^o *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.^o *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray); 9.^o *Sin ayuda de nadie* (postal de Betty Compson); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Riche); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Motte); 19. *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico—Mossén Janot—*, (postal de Alice Terry).

¡COLECCIONISTAS!

Pueden adquirirse todos los números publicados por OBRAS MAESTRAS DEL CINE sin aumento de precio:

En Madrid: D. Manuel Fernández, kiosco del Paseo de Recoletos, frente al núm. 14.

En Valencia: D. Vicente Pastor, calle Nave, núm. 15.

En Zaragoza: D. Manuel Muñoz, calle Sistios, núm. 11.

010 OMC (20)

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música ORA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»
Pelayo, 62-Teléf. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14.